

Yo no soy Adelaida Falcón

Hace ya casi un año publiqué una primera novela: *La hija de la española*, una historia de madres e hijas, el retrato de una tierra que expulsa y carboniza a quienes viven en ella y a quienes la sobreviven. Fue una hecatombe. Se vendió a 23 idiomas antes de su publicación y terminó por alcanzar las 26 lenguas. Me han preguntado, muchas veces, si hay cosas mías en su protagonista, Adelaida Falcón, incluso si es autobiográfica.

Contesto con una frase más de Adelaida que mía: yo, como ella, nací en un lugar en el que hasta las flores depredan. A aquel personaje le presté mis recuerdos y las amarguras de un país en trance de morir. Le dejé mi lunar de desarraigo y mi mirada de desterrada. Es difícil sobreponerse de un lugar en el que muchas fuimos viudas a los diez años y del que huimos tatuadas con la culpa del superviviente, la misma que siente ella y siento yo.

Pero ni yo soy Adelaida Falcón ni este es un libro sobre Venezuela. Cuando aterricé en España hace ya más de doce años tuve una idea, solo una: si quería sobrevi-

vir, tenía que escribir. Pasar por el tamiz del teclado todo cuanto ocurriese en mi vida de recién emigrada. Solo así podría comprender y tener fuerza para conducir el cayuco de mi propia prosa. Tenía que crear de la nada una laguna Estigia o un cementerio imaginario. En otras palabras: confeccionar un país duradero, el de la literatura como automedicación. Olvidarlo todo para volver a encontrarlo.

Lo que está a punto de leer usted son apuntes, decisiones arbitrarias, enamoramientos súbitos y odios profundos a la par que pretenciosos —sí, en ocasiones lo son—. Son estampas o costurones de un pintón invisible que me abrió el corazón como una fruta. Estallé contra el asfalto, como una naranja. Los textos que forman parte de *Crónicas barbitúricas* son abocetamientos de una abolición: la del país que dejé atrás y de ese otro al que me incorporé, España. Este es un libro hecho con el periodismo que conozco y que aprendí desde muy joven.

Las crónicas que forman parte de este libro están ordenadas cronológicamente, porque puede reescribirse todo, excepto la desesperación o la euforia de los días. La base de esta selección proviene de un documento Word que creé el 12 de octubre de 2006, hace ya 13 años. Se trata de piezas que tomaron la forma de un blog abolido y que llegan a sus manos en las páginas de este volumen.

También he incluido algunos textos publicados en prensa. Todos ellos han sido deliberadamente actualizados en el tiempo y la forma, moldeados con la lenta reescritura de las incertidumbres; por eso algunos aparecen con dos fechas. Conservan el asombro y la ira que los

impulsó, pero han pasado por el quirófano del tiempo. Es así, el tiempo también escribe. Y menos mal.

A las crónicas que alimentan este vademécum les he practicado cirugías. Las he profundizado, editado y ampliado en sus detalles y acotaciones, como un ejercicio de memoria y honestidad. Lo he hecho para mostrar fogonazos de la década en la que todo cambió: tanto el país que dejé atrás, Venezuela, como España, esa casa que construí dentro de mí misma al mismo tiempo que otra se demolía.

Este libro es la farmacopea de mí misma y de los lugares que me expulsaron y acogieron. Es la receta médica del que escribe para empujar la pastilla del desencanto. Es mi arsénico y mi insatisfacción. Es el punto y aparte de esta medicación a la que se amarra uno para sacar a pasar la cólera. Aquella, la de Aquiles. La primera palabra sobre la que se levantó el acantilado de la literatura.

Lo siguiente es dejarse caer.

Madrid, 2019

Barbitúricos ciudadanos

Una maleta nunca es la misma, cobra una nueva existencia en cada equipaje. Vive de lo que alguien aprisiona en sus correas. Late con el pulso de su carga. Puede vérselas tropezar en sus coreografías como barrigas de peces que caen sobre las terminales de los aeropuertos. Todo lo que contienen es frágil, aunque eso no las exime de acumular el sobrepeso de las buenas intenciones. Sus dueños las observan, las protegen. Luego las dejan ir, no sin antes pasar lista a la combinación del cerrojo: esa despedida implícita de las cerraduras.

Una maleta nunca es la misma. Son ese vuelo a punto de partir, ese montón de ganas envueltas en plástico. En eso pensaba mientras me vestía con el chaleco fluorescente de los que tienen algo que declarar. Llevaba conmigo toda la furia del mundo, la fiebre más alta de todas las que haya padecido alguien jamás. Pero mis párpados sobreactuaban. Parecen más valientes que mi voluntad. Por eso dejé mi pasaporte en el mostrador y bajé a la pista. Obedezco fácilmente.

Allí estaba, de pie, frente a mi ultrajada maleta con aspecto de ballena, viendo cómo un funcionario de la Guardia Nacional venezolana se daba el último gusto del día al tiempo que levantaba los cerrojos con saña. Tac, tac. El funcionario me apuntaba con su uniforme verde, con su orgía de medallas en el pecho, el arma en el cinto y el país desangrado en la cartuchera de su pistola.

El distinguido auscultaba, husmeaba solo como suele hacerlo la autoridad cuando está muy ocupada, precisamente, en ser la autoridad. «¿Por qué tantos libros?», increpó. Quise decirle que llevaba toda la cocaína del mundo en esas páginas. Me contuve. Miré mis cosas revueltas: libros, cajas de cigarrillos, suéteres que no sirven para combatir el frío, objetos inútiles, lugares portátiles. En medio de la pista del Aeropuerto Internacional Simón Bolívar vi apiladas las escasas pertenencias que habrían de atravesar el Atlántico conmigo. Sentí estar ante el vientre abierto de una ballena que se deja tocar las vísceras.

Sentí pudor, quise cubrirla y cubrirme. Barrunté muchas cosas, pero no hice ninguna. No pateé a los perros antidroga, no escupí al *distinguido*, ni arrebaté de sus manos mis sujetadores y camisas. No le pedí ni una sola explicación al Guardia Nacional. No alcé mi dedo. No pregunté cuántas balas suyas llevan nuestro nombre escrito. No reproché nada. Obedecí, solo eso. Todos a mi alrededor actuaban igual. Nos comportábamos con la docilidad de las minorías, esa gente a la que se puede apilar como a los troncos o los cadáveres.

Una maleta nunca es la misma, su pasajero tampoco. Compartimos una indefensión de pescadería. Alguien nos descuartiza, nos abre en canal, nos jurunga, nos ul-

traja. El día que cogí mi primer avión a Madrid entendí de qué están hechas ciertas despedidas. La mía fue eso: aquel puñado de mierda y vísceras, aquel litoral acabado; ese país insolvente al que no pude devolverle ni siquiera una lágrima.

—¿Pollo o carne?

—Pescado, por favor —respondí a la azafata.

Octubre, 2006